

## DUELO A PLENA LUZ



El señor Eskahanasy ha escrito un libro sobre León Daudet cuyo texto no conocemos. Se trata seguramente de una semblanza poco favorable del ardiente polemista de "L'Action Française", hijo de Alfonso Daudet, el de las "Lettres de mon Moulin". Si el padre fue el artista puro de la generación de Zola y de las postimerías de Hugo, el hijo empleó la pluma en la lucha política activa, al lado de Charles Maurras y en la línea ideológica de los "camelots du Roi". Los textos de León Daudet probablemente no resistirían la acción del tiempo, destinados como estaban a la oportunidad cotidiana, pero los recordamos como uno de los ejemplos más vivos del filibusterismo político y de la literatura apasionada y polémica. En una Francia cruzada por la convulsión del proceso Dreyfus y herida por los dos millones de muertos de la primera guerra, la literatura cotidiana de León Daudet en las páginas del órgano de "L'Action Française" era un revulsivo intransigente, apasionado, escandaloso, hiriente, con nombres y apellidos, pendiente de "l'affaire", en suma, una síntesis muy personal de periodismo batallador y político. Los acontecimientos y el tiempo han difuminado la figura intelectual de ese delfín insospechado del dulce autor provenzal de las "Lettres de mon Moulin"; hasta hoy, en que cierto autor llamado Eskahanasy ha hecho revivir su figura en las páginas de un libro y un tal monsieur Mordack, por lo visto partidario del polemista biografiado, le ha retado en duelo.

Curiosa manera de dirimir o de hacer prevalecer una opinión literaria. Estamos muy acostumbrados, ciertamente, a la pugna, al debate, a las intemperancias de la opinión ajena en cuestiones de apreciación tan libre como son las que derivan de la literatura. En realidad, el mundo de las letras se divide hoy en dos campos; aquel que ellos mismos llaman de los escritores "comprometidos" y el de los demás, que no sé si podríamos ser tildados, en realidad de "comprometedores". Pero nunca se ha llegado a las manos. Esta es una lucha de influencias, de votos en los concursos literarios y, de vez en cuando, de distinguidos polémicos en los "coloquios" o de solapadas pullas en los artículos de las revistas. Naturalmente que todo ello está entreverado de inclinaciones, y, en suma, de política, pero con sordina, acolchadamente, sin levantar la voz. Durante los años de nuestra posguerra el mundillo literario se agrupó a la hora del café en el "Gijón" de Madrid, que exhubaba clima semántico, bullidor de inquietudes, y alumbró allí algunos atisbos de escuela, como la que capitaneó durante algún tiempo el poeta García Nieto, titulada "juventud creadora". No se excluían los personalismos y se recuerda aún cierta incompatibilidad que se produjo un día entre un eximio novelista, hoy académico, y un célebre crítico teatral, que terminó en acometida franca y pelea física. A ese clima literario, a la vez trascendente y aldeano, lo barrió la existencia del café de "Flore" de París y la lectura de los primeros textos de Sartre. La familiaridad de antaño se tornó huidiza y recelosa y muchos de los cómitres de aquel tiempo cogieron la pluma y engrosaron sin más las filas de la burocracia, mientras otros se "comprometieron", dentro y fuera del país, en espera de tiempos distintos. Y así hasta hoy, en que la reticencia no llega nunca a la calle ni se debate al sol. Por eso resulta tan curiosa para nosotros la noticia, difundida por la prensa y por los noticieros, del duelo celebrado en París.

El duelo entre el biógrafo de Daudet y su oponente se ha celebrado a las claras, en la plaza de los Vosgos de la capital francesa y a hora tan diáfana como las once de la mañana de un día radiante. Por añadidura, el duelo ha sido a espada, como en los buenos tiempos. Todo puede indicar una propensión reciente de los intelectuales —aunque éstos no sean los de primera fila— a sacar a la literatura de los esfueros y neblinas del café y del tabaco, para llevarlos a un aire casi medicinal bajo la copa de los tilos que ya precedía la primavera. Pudiera ser. Naturalmente que existe un deseo de notoriedad y que todo ello debe de estar inscrito en los capítulos de la propaganda. No importa. La pintoresca escena, contemplada por unas cuantas damas que estaban tejiendo punto de media en los bancos de la plaza, puede ser un anticipo de tiempos menos alambicados, sinuosos y susurrantes? ¿O equivale esta ficción, a la que hemos asistido con sonrisa millones de espectadores, a unas ganas del retorno al romanticismo, con sus exaltaciones de

honor, palabra dada, pasiones féridas, arroyo individual? La escena nos retrotrae a Pushkin, nos recupera también a Tolstoi, pendenciero y batallador. ¿No está esta plaza de los Vosgos parisiense toda ella teñida de la estela de Victor Hugo, el paladín romántico de la literatura francesa, al que sólo estorbó para el cumplimiento de un símbolo en su escuela su larga vida, la longevidad que parecía reñida con la naturaleza del movimiento que había introducido e inventado en Francia?

Hemos visto el rasguño que uno de los contendientes ha infringido al otro a la altura de la solapa y podemos afirmar que ciertamente la sangre no ha llegado al río. A la vista del superficial hematoma llegamos a la conclusión de que las cuestiones debatidas no eran demasiado feroces, ni lo eran tampoco los que las dirimían. Si la letra con sangre entra es evidente que, esta vez, el provecho que la literatura habrá sacado con el duelo de la plaza de los Vosgos no habrá sido demasiado profundo ni copioso. El resultado ha sido únicamente un rasguño, exactamente igual que uno de esos versos solitarios e inexpressivos que un poeta suelta hoy para favorecer las entregas de una revista, pero que no se sabe con exactitud de qué musa procede ni qué aire le llena los pulmones. El señor Eskahanasy ha escrito en la mamila del señor Mordack un hemistiquio blanco.

### debajo de la piel

La verdad es que ya se ha pasado el tiempo de los poetas con espada e iracundia. Lope, poeta de problemas y enemigos, vivía en un Madrid de unos millares de almas, de las cuales había docientas que le querían mal, por lo que fuera. Hoy las ciudades son muy grandes, las esquinas, iluminadas y anchurosas, no están para emboscadas ni para lances; y cuando hay que pelear a espada sería demasiado complejo cruzar la ciudad e irse a las afueras. Mejor hacerlo ante unas pacíficas ciudadanas que tejen al sol, en una plaza con porches y palomos.

Tampoco estamos para la rumiante maduración de las venganzas, sino que nuestra época es la de lo que se ha dado en llamar "relaciones públicas". ¿Qué hará el poeta ante semejante término? El, solitario, meditativo, soñador, paseante de tardes inclementes, introvertido, hipocondríaco, vacilante, convertido en murmullo viviente de su propia voz. Por ahí andan unos seres que tienen como profesión la simpatía y como fuente de ingresos la sonrisa. Ha sido inventado un ser social cuya sola función consiste en ser sociable y de ello hace su cómoda profesionalidad, puesto que es evidente que para aprender semejante asignatura es condición indispensable poseerla íntegra de antemano. Los afortunados seres que se dedican al ejercicio de las "public relations" no hacen más, probablemente, que exteriorizar su natural y cobrar por ello. Pero todos aquellos a quienes la naturaleza les ha dotado de la gracia incómoda de no ser graciosos, de caminar silenciosa y solitariamente hacia su propia incógnita vital, es decir, los intelectuales, ¿qué pueden hacer? La civilización actual hace de la tristeza, del peso interior dos voces vivas, del germen de la creación literaria, un defecto orgánico que deba ser tratado clínicamente, para preservar a los semejantes del espectáculo peligroso de un ente a quien desdeñosamente se considera antisocial. El ser social por excelencia es aquel de sonrisa inefable en las ocho horas de la jornada laboral y no ese otro cuya jornada laboral consiste en rumiarse íntimamente hasta la abnegación, secreto de sí mismo; y que, como un calamar, se vacía de tinta de vez en cuando.

Mal tiempo para los poetas y para los iluminados. Excelente para los oficialmente simpáticos, los extrovertidos, los rollizos, los gastronómicos de voz poderosa y risa franca. Pero habrá que convenir que el ideal de una humanidad de rollizos y de locuaces es difícil de alcanzar. Siempre ha habido de los unos y de los otros y, tal vez, del equilibrio entre ambos se deduzca la virtualidad del progreso incansante de la humanidad. En el momento en que se batalla contra la indiscriminación de las razas sería inoportuno diseñar a una porción de seres meditabundos por el hecho de serlo.

Los de la Plaza de los Vosgos no son meditabundos. Quizá hayan improvisado el lance con el objeto de volver a situar al escritor en la plaza pública. Tal vez consigan con ello que el intelectual por esencia deserte de su vagabundez intelectual. Poco tema es para ello el rescoldo, ya aventado, que dejaron los escritos del hijo de Alfonso Daudet. Pero algo es algo, en el momento en que, para exonerarse, los intelectuales puros sólo se sentían abortos, preocupados filosóficamente por el sentido de su existencia en la vida, con desdén de la vida misma. Por efímero y mínimo que sea, ese rasguño ha cruzado la piel y con un simulacro ha alcanzado la sangre, que es el escritor mismo.